

PASIÓN DE PARTIDO

Vivimos en la inopia. Ni siquiera sabemos a quién o a qué damos confianza y obediencia. Los votantes marchan ciegos y mudos, por caminos que no conocen, de la mano de administradores del miedo, la ambición, la ignorancia y la corrupción. Las ideas comunes sobre los partidos políticos son tan irreales que siguen siendo las mismas que las imperantes en la opinión vulgar hace más de un siglo. Como si no hubiera afectado a la naturaleza y condición de los partidos el hecho trascendental de que, al final de la Segunda Guerra Mundial, pasaran a detentar el monopolio de la representación de la sociedad política, junto a la exclusiva de la acción estatal, con total abandono de la representación de la sociedad civil, que era su función, en el Estado parlamentario. Aquel decisivo golpe constitucional, contra la libertad política de la sociedad, que excluyó de la legalidad al partido nazi y al comunista, buscó su legitimación en el Estado de partidos que idearon los juristas de la República de Weimar, para lograr la integración autoritaria de la sociedad mediante la conversión de los partidos en órganos de la constitución del Estado.

Esta fórmula tan expeditiva, propia de una época asustada por la desintegración social que producía la lucha de clases, creó el clima cultural que permitió el fácil triunfo de la idea, aún más expeditiva, del Estado Total. Aniquilado éste por las armas de la democracia norteamericana, los partidos resurgentes pensaron, ante el vacío de poder, que lo equivocaron en la moderna dictadura totalitaria no era el carácter estatal del partido que realizaba la integración de la sociedad en el Estado, sino el hecho de que la tuvieran que realizar, por su condición antiliberal de partido único, mediante terror institucional. Las víctimas ocuparían con sumo gusto el lugar estatal del verdugo, para poder continuar su mismo designio en un nuevo Estado de partidos, al que se seguiría integrando la sociedad por medio del consenso. Forma de suprimir, con abundantes libertades, la libertad de pensamiento y de acción política. A la modernidad fascista sucedería, sin ruptura moral, la postmodernidad cultural del consenso. La misión integradora del partido único la continuaría mejor el pensamiento único. Así se incorporaron al Estado los actuales partidos de integración.

La explosión de sentimientos partidistas que inundó el panorama español cuando se disolvió el partido único de la dictadura tuvo una pasión motriz muy diferente de la que tiene hoy la militancia de la nada en partidos de gobierno y de integración. Aquella aún era una pasión ideológica de carácter societario que, en momentos de ilusa esperanza, llegó a embargar de entusiasmo a las bases de los partidos históricos y a las nuevas organizaciones de la izquierda social. La fugacidad de aquel



primer sentimiento de la libertad política delatado, ya desde entonces, su índole ilusoria. Aquella gente no sabía que su entusiasmo callejero, sin objetivo práctico que alcanzar, era entretenido por los secuestradores de la libertad política para hacerle creer que el pacto concertado entre ellos en secreto -Monarquía de partidos y Constitución de su Régimen sin elecciones constituyentes- había sido fruto de una conquista popular de la libertad. No les bastó la traición y añadieron, para salvar su imagen, el escarnio. Cuando el bloque constitucional quedó fraguado, y no había ya imagen que salvar, la pasión de partido de integración perdió toda traza de su huella ideológica y se transformó con naturalidad en pasión de funcionario estatal y de administrador incontrolado de bienes públicos. Esta nueva pasión administrativa no sería comprensible sin conocer la naturaleza burocrática y la función autoritaria del objeto de la pasión, es decir, sin saber qué son y qué hacen los partidos de una sola oligarquía estatal.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

KOSOVO, UN AÑO DESPUÉS

Más de una vez, alguna en estas mismas páginas, he evocado la visión de Hegel de la historia como el gran y auténtico juicio universal. El ineluctable despliegue de la razón a lo largo del tiempo representaba la palanca que llevaba al acontecer a su plena verificación y desvelaba su sentido, según el optimismo racional-idealista del gran pensador germano. Hoy tal visión podría ser recompuesta de un modo muy diverso. La concentración masiva de la información, manipulada y dirigida por el poder, sobre el presente va perdiendo su fuerza a medida que dicho presente se aleja, y entonces surge la realidad oculta, de un modo tímido y cuando su conocimiento ya no es operativo. La historia de las últimas décadas es elocuente. Hoy sabemos, por ejemplo, que la caída del régimen de Ceausescu fue falsamente presentada y manipulada con amañadas fotografías, se ha mostrado que lo mismo ocurrió con la Guerra del Golfo. Y ahora se derrumban, también, por su base todos los intentos justificativos que se quisieron esgrimir para apoyar la agresión contra Yugoslavia, su pueblo y sus fuentes de vida, hace un año,

En los últimos días se han multiplicado las



informaciones sobre la caótica situación de Kosovo. La persecución de los serbios, de sus bienes, el incendio de sus iglesias, la elevación del UCK, sólo ficticiamente desarmado, al poder sobre la región, la instalación del reinado

de sus mafias, actuando tanto en el interior de este territorio como proyectadas hacia otros países, cual el nuestro, dedicadas a la droga y la trata de mujeres arrojadas a la prostitución. Sólo quien ve la realidad con interesatísimas anteojeras y mala conciencia como el señor Solana, niega estos hechos. Pero antes han llegado otras informaciones no menos importantes. No han aparecido las famosas fosas de cadáveres, víctimas de los serbios, de que tanta propaganda se hizo. Incluso informadores que han viajado, posteriormente a la guerra, al país, han podido afirmar que con anterioridad a los bombardeos no existía limpieza étnica, propiamente dicha. Ésta fue desencadenada como respuesta a la OTAN, según había amenazado Milosevic. No es mi intención leer la historia como un elemental enfrentamiento de buenos y malos, adjudicando ahora el primer papel a los serbios y el segundo a los albanokosovares. En el territorio existía una guerra civil. Continuación y parte de la que ha venido asolando a la antigua Yugoslavia, después que en la política de las grandes potencias, controladoras del mundo, se impuso la de Kohl y Wojtila, desmembrando la antigua Federación para sentar las garras sobre el territorio. No olvidemos que hoy, significativamente, la moneda de Kosovo es el marco. En este clima, cerrado al diálogo y la comprensión, que las grandes potencias hubieran debido impulsar se produjeron atrocidades y la supresión de la autonomía de Kosovo por Milosevic no es defendible en principio. Pero mucho menos la actitud de la OTAN que frente a esta guerra civil decide condenar a los serbios, aliarse con el UCK y lanzarse a la destrucción de un país, inerte ante su poderío. En una reciente mesa redonda que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid sobre el conflicto se preguntaba Teresa Aranguren, que siguió sobre el terreno los acontecimientos e informó con honesta objetividad en medio del torrente propagandístico propiciado por la OTAN y sus gobiernos satélites, por las razones para la agresión a Yugoslavia. Por mi parte creo que están muy claras. Manuel Ballester en esta misma mesa aludió a las necesidades expansivas del imperialismo. Pero hay que tener en cuenta algo decisivo: el complejo militar industrial que nos gobierna -y más políticamente la conveniencia de regimentar e integrar las conciencias en el orden establecido- necesita -como tan lúcida mente describió ya Orwell- fabricar la figura del Enemigo. Y también renovar periódicamente el material obsoleto que la industria bélica elabora incansable. Ha desaparecido la Unión Soviética y hay que levantar nuevos fantasmas. Primero fue Sadam Hussein. Más recientemente Milosevic y Yugoslavia. La CIA intriga y agita a las masas contra ellos, pero no importa que caigan ¿Quién será el próximo demonio? ¿Y el pueblo sacrificado por esta siniestra lógica histórica?

Carlos PARÍS

EL BONO BASURA

En la política, como en la Bolsa, hay que saber entrar en el momento adecuado, y no ser el último en salir con la pretensión de ganar el último euro. Hay, sin embargo, quien se aventura antes de tiempo, y su valor se queda rezagado y marchito.

Algo de eso parece que le ha pasado a Ruiz Gallardón, en el Partido Popular, y, como en una vida paralela, a José Bono en el Partido Socialista.

Bono llevaba mucho tiempo anhelando la primogenitura del PSOE, pero no encontraba hueco. Primero, porque nadie lo tenía, debido al liderazgo carismático y cesarista de Felipe González. Y después, porque

cuando ha ido a invertir creyendo que era un buen momento, cuando la bolsa política de su partido estaba en baja, porque se ha encontrado con que el valor que propugnaba ya había dejado de cotizar.

Así se lo han recordado los afectados por el naufragio. Primero, los guerristas, todavía escocidos por la antigua traición a sus filas; después, los felipistas supervivientes, que luchan como gato panza arriba para no perder toda su cuota de mercado. Ahora, incluso, en su propio territorio, porque siempre el ejercicio de la política deja heridas. En suma, parece que la inversión de Bono ha sido en bonos basura.

Juan BRAVO

